

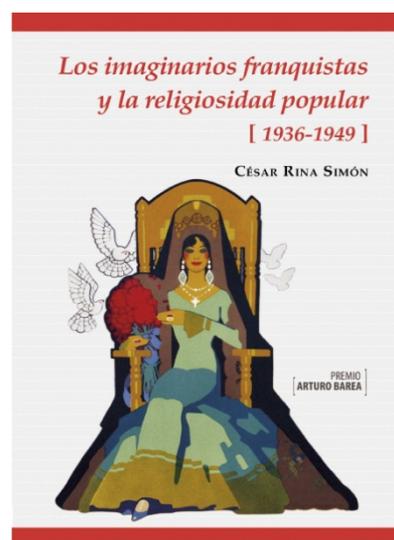
César RINA SIMÓN, *Los imaginarios franquistas y la religiosidad popular (1936-1949)*, Badajoz, Departamento de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, 2015, 244 pp., ISBN: 978-84-7796-283-0.

Antonio César Moreno Cantano
Universidad Complutense de Madrid, España

La sacralización de la dictadura franquista: usos y abusos del componente católico como mecanismo de legitimación

La imagen del Tercer Reich, concebido como un Estado totalitario enemigo de la religión, ha pervivido en la memoria de la ciudadanía hasta fechas bien recientes. Poco lustre o difusión se le dieron a los intentos de los jerarcas nazis de crear una religión protestante estatal bajo las líneas ideológicas que marcaba el NSDAP¹⁶⁹⁰. A diferencia de la España de Franco, la Alemania hitleriana hizo descansar su legitimación en otra serie de principios, totalmente alejada del catolicismo¹⁶⁹¹. La Guerra Civil del 36, concebida en una de sus múltiples facetas como la lucha entre "España y la anti-España", es decir, "la de las hordas sin Dios" (*ABC*, Sevilla, "Hispanidad", 12-X-1937), confirió al catolicismo un poder y resonancia tal que lo convirtió en una las señas de identidad constitutivas del régimen franquista, tanto a nivel público como privado.

Una de las primeras tareas de los ideólogos de la *Nueva España* fue la *ocupación visual del espacio público*. De esta manera, las calles –con sus paredes–, las plazas, los edificios... se inundaron de representaciones de Franco, del Partido Unificado (proliferación de símbolos de Falange y de los Tradicionalistas: el Yugo y las Flechas, efigies de José Antonio, la boina roja, el brazo en alto), así como la identificación del enemigo, el *rojo*, como un ser diabólico, caracterizado como un esqueleto viviente en muchos dibujos, portador del yunque y la hoz, “sembrador de muerte” y “destructor de la familia”, encarnación absoluta de la amenaza bolchevique mundial. En torno a lugares y conceptos “fundacionales” del franquismo, como el Alcázar de Toledo, el catolicismo y el sentimiento imperial y de pertenencia a un pueblo “escogido”, se organizaron multitud de exposiciones y un “turismo de guerra” que pretendía ensalzar los valores de la Nueva España frente a su antítesis republicana. La bibliografía sobre esta *construcción simbólica del franquismo* y *recatolización-fascistización* del espacio público ha tenido en los últimos años una incidencia enorme (Zira Box, 2010; Claudio Hernández-Burgos, 2011; Miguel Ángel del Arc et. al., 2013 o Miriam M. Basilio, 2013). A estos estudios



¹⁶⁹⁰ Richard STEIGMANN-GALL, *El Reich sagrado. Concepciones nazis sobre el cristianismo, 1919-1945*, Madrid, Akal, 2007.

¹⁶⁹¹ Claudia KOONZ, *The Nazi Conscience*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.

hay que añadir, con letras mayúsculas, el trabajo de César Rina Simón¹⁶⁹², *Los imaginarios franquistas...*, ganador del Premio "Arturo Barea" 2014, convocado por la Diputación de Badajoz con el fin de reconocer y premiar el esfuerzo de los investigadores extremeños y apoyar la investigación cultural que se realiza en Extremadura sobre el conjunto de la contemporaneidad española (siglos XIX y XX). Méritos no le faltan. El autor analiza de manera pormenorizada en este excelente ensayo historiográfico (sin desdeñar el acceso a numerosas y variadas fuentes hemerográficas así como todo un elenco de boletines oficiales -estatales, religiosos) los mecanismos de legitimación de la dictadura franquista a partir de tres aspectos: la recatolización mediante las cruces de los caídos, las misas de campaña y procesiones; la militarización y fascistización de las celebraciones de raigambre popular; y la purificación por parte de la Iglesia de prácticas "heterodójas, sensuales o bárquicas".

Como escribió Hannah Arendt en una de sus obras más destacadas, hubo un deseo claro y manifiesto por parte de los regímenes totalitarios de la primera mitad del siglo XX por reescribir la Historia de acuerdo a sus necesidades presentes, con el fin de trazar un discurso e imagen que atrajese a las masas¹⁶⁹³. Esta adaptación historicista del pasado queda perfectamente reflejada en la construcción de los imaginarios franquistas. El autor, para aproximar estos temas e ideas al lector de la manera más objetiva y completa posible, integra en su discurso analítico y expositivo la disciplina sociológica y antropológica. Una de las ideas que prevalecen a lo largo de la obra son los intentos, políticos, militares y eclesiásticos, por instrumentalizar la religiosidad popular. No en vano, como se subraya claramente en el texto, "la individualización de los principios nacionales en determinadas imágenes religiosas permitió dotar al nuevo Estado de una fuente de legitimidad sagrada" (p. 22). Son loables los esfuerzos que se realizan a lo largo de la obra por categorizar y desmenuzar conceptos tan complejos como *religiosidad popular*: serie de ritos que articulan un conjunto de creencias más participativas y festivas que los que emanan de la doctrina oficial de la Iglesia (p. 37). Este tipo de religiosidad, por tanto, se caracterizaría -como se detalla perfectamente en la obra- por la participación horizontal de la mayoría de los miembros de la comunidad, con independencia de su status socioeconómico, de sus afinidades políticas o de sus creencias religiosas; la ausencia de dogmas o catecismos reglados por las autoridades eclesiásticas, ya que son las memorias, las tradiciones y las tensiones entre los participantes los que marcan el devenir de los ritos; la preponderancia de formas más intuitivas y sentimentales; la búsqueda de respuesta a planteamientos metafísicos que encuentran sentido en el culto a imágenes, iconos o milagros, y así un largo etcétera de caracteres que la diferencian de la religiosidad "oficial", más ortodoxa.

Celebraciones tan arraigadas en el sentir de las colectividades, como la Semana Santa, se convirtieron en campo de batalla ideológico entre los sectores católicos y fascistas de la Nueva España, ya fuese para manejarlas como medio de aceptación del Nuevo Estado mediante la inclusión de sus símbolos (desfiles, banderas, himnos) o para despojarlas de sus elementos "heterodoxos" (los colores alegres y llamativos, cánticos, idolatría...) por parte de la jerarquía católica. No en vano, y citando al profesor Demetrio Brisset, "las fiestas significaban también

¹⁶⁹² Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Navarra, con anterioridad a este título había publicado *La construcción de la memoria franquista en Cáceres. Héroes, espacio y tiempo para un nuevo estado, 1936-1941* (Cáceres, 2012), en el que adelantaba muchos de los temas y cuestiones que se plantean en la obra analizada.

¹⁶⁹³ Hannah ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2013 (sexta reimpresión), pp. 464-465

la plasmación de la libertad de una comunidad" (p. 27), razón por la cual las instituciones políticas y eclesiásticas a lo largo de los siglos han pretendido administrarlas, limitarlas y emplearlas para su propia legitimación. Las pugnas por el control simbólico de las nuevas manifestaciones del régimen vivió episodios tan polémicos como la negativa del Cardenal Segura a acatar la Orden del 16 de noviembre de 1938 que obligaba a las iglesias mayores de cada ciudad a que inscribieran en la paredes el nombre de José Antonio Primo de Rivera encabezando el listado de los caídos por la España Nacional; o la publicación de la carta pastoral del cardenal Gomá, *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*, que cuestionaba en algunos de sus párrafos los orígenes cristianos de las prácticas conmemorativas falangistas: "una llama que arde continuamente en un sitio público, ante la tumba convencional del 'soldado desconocido', nos parece una cosa bella, pero pagana" (p. 191).

Junto a estas maniobras se llevaron a cabo procesos de *purificación del espacio* a través de la reposición al culto de imágenes que habían sido víctimas de la violencia anticlerical durante la guerra. El propósito de todos estos mecanismos eran insertar el destino de la nación en un discurso teleológico mediante la utilización de símbolos alegóricos y la sacralización de la dictadura. La asimilación de una simbología trascendente (propia de la religiosidad popular) -como incide una y otra vez César Rina- dotó a los rituales de la dictadura de una orientación populista plena de elementos legitimadores, movilizadores y excluyentes. Dentro de este proceso ejerció también un gran peso la gestión del miedo, que fue potenciado a través de la construcción social de la realidad mediante conmemoraciones, memorias, discursos, iconos o agradecimientos. Sirvió para reconocer al enemigo y encontrar la paz social en la autoridad protectora, que no era otra que el Estado franquista.

En definitiva, nos encontramos con un ensayo magistral que añade elementos novedosos y trascendentales para comprender el discurso ideológico, visual (incorpora decenas de imágenes de gran interés con las que articula -sobrepasando la mera tarea de complementar- la estructura del texto), religioso de la España franquista. Pocos "debes" podemos incluir en esta reseña. El trabajo se centra en las expresiones vinculadas con la semana santa y en especial en las grandes poblaciones de Sevilla, Málaga y Cáceres. Nada o poco se nos dice de otras manifestaciones, como romerías, cruces de mayo, etc. y no aparecen referencias a poblaciones de menor entidad. Otro pequeña crítica hace referencia al olvido de algunas obras actuales sobre la figura del cardenal Gomá y el nacionalcatolicismo (por ejemplo, los numerosos artículos y libros de Miguel Ángel Dionisio Vivas), que deberían haber sustituido otros títulos cuya validez, sino caduca, ya está más que sobrepasada (caso de *El cardenal Gomá, primado de España*, de A. Granados, del año 1965).